

Revelación de un pintor

—Envío del autor—

En la primera Exposición de la Asociación de Alumnos de Bellas Artes, celebrada en el local de la Sociedad de Amigos del País, ha habido una revelación. Entre el cúmulo de obras académicamente frías, sosas, amaneradas o retocaditas se destacaban dos cuadros sobrios, enteros y originales: *El hombre enfermo* y *La planchadora*, originales por la manera, enteros por la precisión, sobrios por la forma. El segundo de los cuadros mencionados, sin querer ser precisamente una demostración de plástica aborígen, delataba la continentalidad de su autor. Esta negra planchadora no podía ser más que americana, de tierra tropical. Nada más que americana, nada menos que tropical. Como su autor, el pintor costarricense Francisco Rodríguez Ruiz, que se presentaba por primera vez al público español.

Su debut no ha podido ser más afortunado. «Rodríguez Ruiz es el único autor serio de veras que en



El hombre enfermo

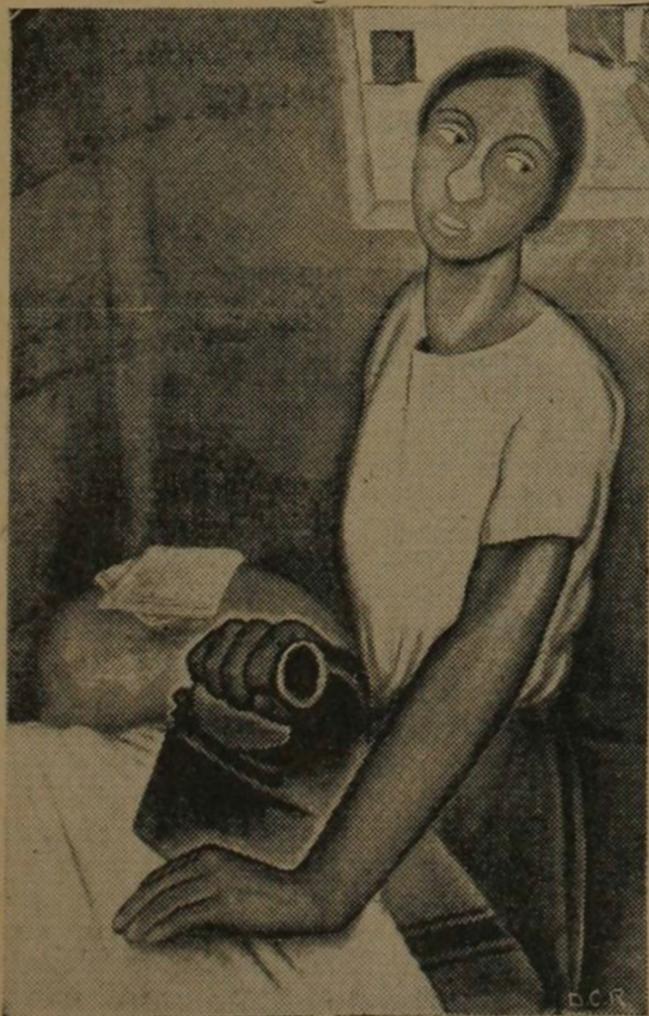
Por Francisco Rodríguez Ruiz.

en la Exposición aparece», dice Manuel Abril, el certero crítico de arte de *Blanco y Negro*. Y refiriéndose al pintor costarricense dice Ramón Gómez de la Serna: «América nos sigue enviando emisarios que traen luz de otras playas». Porque Rodríguez Ruiz es de los americanos que vienen a España a aprender un poco, pero más a enseñar que a aprender. Veamos cuál ha sido su trayectoria.

Paco Ruiz comenzó en Costa Rica de cartelista de teatro. Cuando aún iba a la escuela y aprendía las 4 operaciones aritméticas, primero pintaba solamente las letras, luego se atrevió a dibujar las siluetas de las vicetiples. Ensayó con éxito la caricatura y ya en la vereda firme del arte, principió a leer, a estudiar mucho y a digerir sus lecturas. Lo malo es que las últimas noticias que tenía en arte eran acerca del impresionismo francés, y se echó a pintar tirando los colores fuertes sobre las telas con la misma

valentía con que echan los chicos pedradas a los vidrios de los escaparates y de los faroles.

Pasaron los años. Buenos amigos le consiguieron una beca en Europa. Llegó a París con ánimo de conquistar la Ciudad-Luz y de tomar la Bastilla. Durante un mes peregrinó por todos los Museos y salones de pintura y no se quedó sin ver ni una sola tela: desde el Louvre a las paredes de la Rotonde, dejándose colgados los ojos en todos los cuadros nuevos y valientes. Un viejo prócer, el Marqués de Peralta, que fué en su época amigo de Juan Montalvo, y era paternal orientador de jóvenes artistas y literatos centroamericanos, le aconsejó que se marchara de París, antes de que la vida fácil y desordenada de la capital le fascinara más que sus ambiciones artísticas. Obedeció Rodríguez Ruiz, que ya había probado lo más interesante, que ya había captado lo más afín a su espíritu, y se vino a Madrid. Aquí



La planchadora

Por Francisco Rodríguez Ruiz.



Francisco Rodríguez Ruiz